

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año IV.

29 de Mayo de 1892

Núm. 163



SUSCRIPCION.

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al directo

TARJETAS

DE

LETRA INGLESA.

Se hacen en la imprenta de este periódico, desde dos pesetas el ciento en adelante, lo mismo que las hechas en Madrid, al minuto.

ENFERMEDADES

DEL APARATO GÉNITO-URINARIO.

Cúranse radicalmente con las Cápsulas de Terpinol—Giner Aliño.

Tres pesetas caja; tres reales decena.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO.

Dispepsias, acideces, gastralgias, digestiones laboriosas, convalecencias, vómitos, etc.

El Vino eupéptico—Giner Aliño, está indicado en tales enfermedades, produciendo resultados sorprendentes.

Seis pesetas frasco.

Depósito principal de estas especialidades, Plaza de Calatrava, 2, farmacia, Valencia.—En Mula, farmacia de la señora Viuda de Herrera.

EL NOTICIERO DE MULA

EL CORAZÓN.

La costumbre es una segunda naturaleza: así lo dice un refrán castellano, y en él se encierra una gran verdad.

A lo que estamos acostumbrados, lo que estamos viendo todos los días, lo que nos arrastra siempre por el mismo camino, nos parece lo más racional, aunque sea un absurdo; pero la humanidad es así: los hombres son animales de costumbre, y cuando han dicho por espacio de mucho tiempo que una moneda es buena, les cuesta mucho trabajo darla por falsa.

El corazón, según voz pública, es la hospedería ó fonda en donde reside el amor; en él ha plantado sus reales; de él salen los decretos, reales órdenes y demás mandatos oficiales para repartirse en diferentes puntos del individuo, unas veces como centinelas avanzados y otras como ejército de reserva.

El objeto de nuestras ansias, el ídolo de nuestras aspiraciones, el dulce y vaporoso fantasma de nuestros ensueños, lo cojemos entre los afilados garfios de una imaginación acalorada, y á fuer de prisionero de guerra, lo encerramos en el corazón en clase de detenido.

El corazón es el cáliz de las esperanzas, el panteón de los recuerdos, el pebetero de las ilusiones, el dulce depositario de las tristezas y las alegrías, el que nos conduce á la gloria, el que nos arrastra al infierno, el que nos enseña, el que nos manda.

En él se abriga el dulce sentimiento que arroja su perfume por los labios ó por los ojos, convertido en una palabra encantadora ó en una dulcísima mirada; en él se aposenta el odio y la amargura para lanzar desde allí la saeta envenenada del rencor ó un ¡ay! profundo perfumado por una lágrima.

Esto y mucho más se dice del corazón, y sin embargo, este pobre individuo no es ni más ni menos que una entraña á quien da movimiento el curso de la sangre; pero los hombres, faltándoles terreno en la cabeza para colocar muchas de sus virtudes y no pocos de sus vicios, han buscado un editor responsable, ó mejor dicho, un depósito especial á donde colocar una infinidad de cosas que el sentido común y la conciencia arrojaría á latigazos de la cabeza.

Las debilidades han sido los primeros inquilinos, y les vá tan bien en su alojamiento, que no se quieren separar de él, á pesar de los muchos vaivenes que sufren.

Las pasiones también tienen en él su campo de operaciones, y sin que él se meta en prieto ni blanco, lo traen siempre como palillo de barquillero.

Y víctima inocente de las exigencias humanas, se ensancha y encoje á gusto del consumidor, tiene que abrigar en su seno cuanto

le manda, aunque lo rechace de muy buena voluntad; pero este es el camino que la humanidad le ha indicado; esta es su misión, y por lo tanto no tiene más remedio que aguantarse y sufrir la carga, como un buen Juan.

¡Pobre corazón! no ha cometido delito alguno y le pasa lo mismo que al «otro», todo se lo acumulan, á pesar de no haber dicho esta boca es mía.

Verdad es que él se venga alguna vez; verdad es que suele representar de tiempo en tiempo su papel tan bien, que engañaría al más pintado.

Pero no es él; él no es más que el depósito en donde tantas cosas se encierran, vengan ó no á cuento.

Ya se vé, los hombres necesitan sostener lo que dicen, y para ello no le dan cuartel; lo embalsaman con palabras dulces y halagan con palabras tiernas y fementidas, y cuando se encuentran en un aprieto, le echan la culpa y lo dejan en las astas del toro.

Los hombres de corazón y las mujeres de idem acaban de confirmar el error, y este pobre protagonista del drama de la vida, sufre y calla con la resignación de un mártir.

Se han empeñado en que existe moralmente, y si no fuese porque él lo desmiente diariamente, todos estaríamos convencidos de semejante absurdo.

Ya lo hemos dicho: el corazón no es más que una entraña; el que dice que lo tiene no sabe lo que se pesca; el que no lo siente es el más feliz y tiene un motivo menos para que el mundo lo crea loco.

El que no está en su juicio tiene corazón; el que está completamente en su razón, no se acuerda de semejante vagatela.

Luego la palabra «corazón» no es más que una licencia poética, acariciada por los locos.

FERNAN-PEREZ